

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 21 DE MAYO

SEMÁNARIO DE CULTURA HISPÁNICA

Los maestros y la cultura

Los hispano-americanos referimos instintivamente el desarrollo de la cultura a la acción del Estado y celebramos con alborozo la aparición de la que solemos llamar «una nueva fundación cultural»: una escuela, una biblioteca, un museo.

Parecería que está en manos del Estado un fiat milagroso de cultura, que la crearía ex-nihil como una simple emanación de su esencia.

Hay, desde luego, en esto un sofisma, el sofisma conocido de tomar el continente por el contenido. Tomar la escuela o el colegio como una fuente de cultura, es un sofisma. Puede ser fuente de cultura, puede no serlo. Una escuela no crea ni expresa la cultura de un pueblo en mayor proporción que el teatro o la prensa, o el Gobierno o el ejemplo de las clases dirigentes o el ejemplo extranjero o una doctrina prevalente.

Si cada uno de nosotros consulta su conciencia respecto del origen de su propia cultura, encuentra que ella no procede precisamente de la escuela, sino a veces de un hombre de esa escuela, pero generalmente de otros hombres con quienes convivió, o de los libros que leyó libremente, de las meditaciones que ellos sugirieron.

Conviene precisar el concepto: cultura no es ilustración, no se la gradúa por la dosis de ciencia que poseamos, porque encierra esencialmente una porción que es sentimental, supone un desarrollo de la sensibilidad, en el que entra, sin duda, el cultivo de la inteligencia.

Quizá pudiera decirse que es una ilustración que ha descendido de la intelligen-

cia a la sensibilidad por exósmosis, hasta convertirse en un sentimiento, una elaboración sentimental del conocimiento. Es una manera general de ver y de reaccionar de la personalidad, pues que siendo un sentimiento, es un motivo, uno de los mayores motivos de la acción. Si la ilustración es un fenómeno de la inteligencia, la cultura es un fenómeno de la personalidad total. Si la ilustración es un fenómeno de digestión—suele serlo de

simple deglución—la cultura es un fenómeno de nutrición. Por eso nadie ignora que es posible la ilustración sin cultura.

Se me ocurre que una frase de Marco Aurelio que me suena siempre al oído, cuando, hablando de Antonino dice: «sentía una íntima alegría cuando recibía un consejo superior a su propio pensamiento», puede ser presentada como un esquema del acto de adquisición de cultura, y, por tanto, su definición, puesto que actúan a un tiempo la alegría, que es estado emocional; el consejo, que es norma de conducta; el pensamiento, como manifestación intelectual, y la simpatía como medio de transmisión.

Si eso es cultura, se ve inmediatamente que el Estado no puede tener en sus manos el monopolio de la capacidad de crearla, ni esa capacidad por esencia.

Si la cultura es un hecho social que supone la simpatía, lo que es político no puede ser cultural, porque lo político importa una lucha en el interior de la sociedad.

El político carece de universalidad porque ha excluido de su simpatía al adversario, porque necesita excluirlo para ganar en el cofrade la intensidad de adhesión más útil para la acción que la extensión que pierde.

Cuando la cultura está generalizada, la acción política no la destruye, pues se desenvuelve por encima de ella, como un verdadero epifenómeno, pero cuando no existe cultura generalizada, la acción política la impide. La América latina, todavía facciosa, sin tradiciones de cultura, con luchas políticas bravías, necesita manantiales de cultura preservados de tales vaivenes y enconos, es decir, que no estén sujetos a la acción política.

Los hombres del porvenir, Por Bagaría



—¿Qué me dice usted de Gramática?
—Fútbol.
—¿Y de Aritmética?
—Fútbol.
—¿Y de Geografía?
—Fútbol.

(El Sol, Madrid).